

Lampetia (*Paraíso* XXVII 136-138)¹

CARLOS LÓPEZ CORTEZO

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN:

En este artículo se defiende que «la bella figlia / di quel ch'apporta mane e lascia sera» puede identificarse como la «candida Lampetie» del mito ovidiano de Faetón, mito que puede a su vez servir como aclaración del complejo discurso pronunciado por Beatriz en el canto XXVII del *Paraíso* (vv. 106-148).

PALABRAS CLAVE: Lampetia, Faetón, Helios, ausencia autoridad.

ABSTRACT: This paper argues that «la bella figlia / di quel ch'apporta mane e lascia sera» can be identified as the «candida Lampetie» of the Ovidian myth of Phaethon, a myth that can in turn serve as a clarification of the complex speech delivered by Beatrice in canto XXVII of *Paradise* (vv. 106-148).

KEYWORDS: Lampetia, Phaeton, Helios, absence authority.

¹ Este artículo es resultado de una reconstrucción, realizada por Juan Varela-Portas, de las notas y apuntes que Carlos López Cortezo dejó sobre el pasaje en cuestión. Salvo algún conector o algún breve pasaje de enlace, las palabras son en su totalidad originales de López Cortezo, pues el editor se ha limitado a un proceso de ensamblaje de las diferentes notas y a completar las referencias bibliográficas. Este artículo argumenta y profundiza la “quaestio” que López Cortezo publicó en *Tenzone* 5 (López Cortezo 2004).

1. En estas páginas quisiera proponer un análisis del conocido símil que aparece encuadrado en el discurso pronunciado por Beatriz en el canto XXVII del *Paraíso*:

Così si fa la pelle bianca nera
 nel primo aspetto della bella figlia
 di quel ch'apporta mane e lascia sera

(Pd XXVII 136-138).

No dejan de causar asombro ciertas actitudes de la crítica frente a determinados pasajes “oscuros” de la *Divina comedia*. Sin duda, el que nos ocupa lo es, pero lo es solo en la medida en que nos empeñemos en tergiversar los datos que Dante nos ofrece o en no tener en cuenta todas sus posibilidades. Ante el “enigma” –así lo ha considerado algún crítico– unos adoptan una seguridad pasmosa y otros un escepticismo derrotista digno de mejor causa.

Es evidente que el problema estriba en determinar la identidad de «la bella figlia / di quel ch'apporta mane e lascia sera», aunque es cierto que, para lograrlo, primero hay que precisar cuál es la del padre. Me parece incuestionable que se trate del Sol, como afirma, entre otros, Vandelli en su larga nota al pasaje,² a pesar de los argumentos en contra de Pézard quien, lejos de demostrar lo contrario, se limita a exponer otra teoría que, a mi juicio, no convence en absoluto (Pézard 1975: 37-78). Admitido que sea el Sol, corresponde entonces identificar a su «bella figlia», y hay que hacerlo teniendo muy presente que, de algún modo, a este incógnito personaje le cambia el color de la piel, de blanco a negro. El dato es importante, porque excluye que se trate de Circe, a no ser que se acepte la hipótesis de Barbi, para quien «la pelle» no es la de la «bella figlia», sino la de los hombres que ceden y se corrompen ante Circe, o más bien ante el poder de la maga seductora (Barbi 1934: 291-300). Como afirma Sapegno *ad locum*, la explicación es «ingegnosa e sottile, ma non certo tale da esclu-

² Por comodidad, citamos los comentarios dantescos del sitio web del Dartmouth Dante Project (<https://dante.dartmouth.edu/>).

dere ogni riserva». Y la más seria es, sin duda, la contaminación alegórica de una interpretación que, por principio, debería estar basada en la letra y no viceversa. Y en este sentido, también son de rechazar explicaciones como la de Auerbach (1989: 261-266), por muy documentada que esté. Es indudable que la «pelle» en cuestión es la de la «bella figlia» y que esta lo es del Sol. Sin embargo, y antes de aducir interpretaciones –por ejemplo, la Iglesia, etc.– me parece imprescindible considerar qué hijas tenía el Sol o, llamándolo por su nombre mitológico, Helios, y si a alguna de ellas, en efecto, le había cambiado el color de la piel.³

2. No creo necesario recoger aquí las varias interpretaciones hechas, «talora lambiccate e assurde» según Sapegno, quien considera este pasaje como «uno dei più chiusi enigmi danteschi» (*ad locum*).⁴ Hablar de enigma en este caso me parece excesivo: los datos que el poeta ofrece son suficientes como para que hasta un modesto conocedor de la obra de Ovidio pueda identificar sin gran esfuerzo al misterioso personaje como la «candida Lampetie» (*Met.* II 349), hija del Sol (Helios) y hermana de Faetón, que figura en un episodio de las *Metamorfosis* que Dante no ignoraba, puesto que lo cita numerosas veces en su obra.

Como es sabido –aunque no haya sido tenido en cuenta–, en *Metamorfosis* II 340-366, Ovidio narra cómo las Helíades se convierten en álamos (*pioppi*), de tanto llorar la muerte de su hermano Faetón provocada por Júpiter. Pero hay que destacar que en su texto Ovidio hace especial mención de la «candida Lampetie». Evidentemente con el adjetivo *candida* se alude a su piel blanca (gr. *Lampetie* significa ‘resplandeciente’, ‘claro’), resaltando así más su dramática conversión en la rugosa y oscura corteza del

³ Recuérdense las indicaciones de Dante en el *Convivio*: «[S]empre lo [senso] litterale dee andare innanzi, sì come quello ne la cui sentenza li altri sono inchiusi, e sanza lo quale sarebbe impossibile ed irazionale intendere a li altri, e massimamente a lo allegorico» (II I 8-9).

⁴ Para un excelente resumen de la cuestión, vd. Pertile 2005: 213-215 (con la bibliografía de la nota 1, en p. 214), así como Seriacopi 2015.

árbol, muy probablemente el *populus nigra* (*pioppo nero* ‘álamo o chopo negro’), el más difundido en Italia.⁵ En consecuencia, habría que ordenar el contexto así: ‘così la pelle della bella figlia di quel che apporta mane e lascia sera (el Sol), bianca nel primo aspetto, si fa nera’.

Dante, sin duda, tiene en cuenta el adjetivo ovidiano *candida* y su doble significado, ‘blanca’ e ‘inocente’, pero también la tersura en contraposición a la ‘rugosidad’ propia de la corteza del árbol, expresando así, además, la transición de la inocencia de la infancia (piel blanca y tersa) a la corrupción del adulto (piel oscura y rugosa), conceptos que son los expresados en los tercetos anteriores, mediante la oposición «balbuziando» (infancia) vs. «con la lingua sciolta»-«con loquela intera» (edad adulta):

Tale, *balbuziando* ancor, digiuna,
che poi divora, con la *lingua sciolta*,
qualunque cibo per qualunque luna;
e tal, balbuziando, ama e ascolta
la madre sua, che, con *loquela intera*,
disìa poi di vederla sepolta

(Pd XXVII 130-135).

En principio el significado de estos tercetos no ofrece dificultades. El poeta establece una analogía –típica en la Edad Media– entre interioridad (alma) y exterioridad (cuerpo). De este modo, a la inocencia de la infancia le corresponde una piel blanca y tersa, mientras que la piel oscura y rugosa sería propia de la corrupción de la edad adulta. Pero se debe re-

⁵ «Corticem veteres corucem vocabant: dictus autem cortex quod corio lignum tegat»; «Populus [pioppo] dicta quod ex eius calce multitudo nascatur. Cuius genus duplex est: nam altera est alba, altera nigra» (*Etymol.* XVII 6, 15 y 7, 45; por comodidad, citamos del sitio web *The Latin Library*: <https://www.thelatinlibrary.com/isidore.html>); «Los antiguos, a la corteza le daban el nombre de *corycus*. No obstante, se le denomina *cortex* (corteza) porque cubre a la madera como un cuero»; «El álamo (*populus*) tiene tal nombre porque a sus pies nace una gran cantidad de retoños. Los hay de dos clases, una que es blanca, y la otra negra» (*Etim.* Extraemos la traducción española de Isidoro de Sevilla 1993).

chazar rotundamente que este cambio lo origine la exposición a los rayos solares, como defiende Benvenuto («cum primo puer incipitire ad solem, pellis eius alba cito denigrater», *ad locum*). Explicación que a Sapegno le parece la «più persuasiva» (*ad locum*). Porque semejante tesis ignora que el significado alegórico del Sol en la obra de Dante es siempre positivo. El problema, por lo tanto, está en averiguar cuál es la causa de esta metamorfosis y, para hallarla, es necesario examinar otro terceto del discurso de Beatriz:

Ben fiorisce ne li uomini il volere;
ma la pioggia continüa converte
in bozzacchioni le sosine vere

(Pd XXVII 124-126).

Resulta posible entender que el *volere* es como una “flor” (*fiorisce*) programada para que dé un fruto bueno (*sosine*), y así sería si la planta o el árbol (*uomini*) recibiese una lluvia moderada, la necesaria para que fructifique bien. Pero la lluvia inmoderada, *continua*, hace que el fruto se eche a perder (*bozzacchioni*). Es obvio, y así ha sido comprendido, que la *pioggia continua* es una imagen de la *cupidigia*, cuyo objeto es un “bien necesario” (sea este dinero, comida, etc.), pero que, deseado y consumido sin moderación, acarrea corrupción y daño. El significado de la imagen se confirma en *Infierno* VI, donde la *pioggia* que castiga a los gulosos es también «eterna» (*If* VI 8) y, como tal, no beneficia, sino que es «maladetta, fredda e greve» (*If* VI 8) e «regola e qualità mai non l'è nova» (*If* VI 9): se hace así evidente el *contrappasso* por el uso inmoderado de un bien necesario y benéfico que, de este modo, se convierte en dañino, física y moralmente.

Ahora bien, la metáfora funciona a medias. Es obvio que el árbol no puede “regular” el agua que consume, mientras que el hombre –en cuanto que tiene “razón”– sí puede hacerlo respecto a los bienes necesarios, y tiene la “autoridad” exterior cuando, por debilidad u otra causa, la razón no puede ejercer su función. Un caso claro es el de los niños cuya falta de razón es compensada mediante la autoridad paterna o materna: es la obe-

diciencia a esta autoridad lo que los mantiene “inocentes”, es decir, “no corrompidos”. Pero cuando empiezan a crecer, a hacerse mayores, la rechazan, dejándose arrastrar por las pasiones y corrompiéndose. Los padres ejercen dicha autoridad por ley natural, es decir, en tanto que derivada de la divinidad, y los hijos, por el mismo motivo, obedecen a sus padres. Dicha autoridad y dicha obediencia son garantía de “inocencia”, es decir, de “no corrupción”.

Es importante el orden en el que Dante alude a la obediencia y la inocencia (felicidad). No se olvide que la pérdida del estado de felicidad e inocencia en el paraíso terrenal se debió a un acto de desobediencia, así que es la obediencia la que trae la inocencia (no pecado, felicidad). La autoridad (la ley), pues, actúa como la razón: modera las pasiones. Si el niño “ayuna” («digiuna» v. 130) es porque obedece, cumpliendo la ley: esto le libra de la pasión de la gula. No así el adulto, que, no obedeciendo la ley, incurre en tal pecado capital («divora ... / qualunque cibo» vv. 131-132). Lo mismo le sucede al niño que ama y obedece («ama e ascolta» v. 133) a su madre, respetando la ley natural, mientras que, de adulto, no siguiéndola, cae en el odio y el pecado («disiã poi di vederla sepolta» v. 135). Se pone así de manifiesto cómo el abandonarse a las pasiones trae consigo el odio y el rechazo de quien impone su autoridad por el bien del hombre.

3. Es precisamente esta corrupción por ausencia de autoridad lo que ejemplifica el mito de Lampetia, vinculado al de Faetón. El pasaje nos remite, así pues, al ámbito mitológico y, en consecuencia, es esencial tomar en consideración un fenómeno que he encontrado sistemáticamente realizado en la *Comedia*: la simple mención –explícita o implícita– de un personaje mitológico arrastra consigo todo el mito al que pertenece, así como sus elementos básicos. Tengamos presente, por tanto, que los dos personajes aludidos en el texto bajo examen pertenecen al mito de Faetón, tal y como lo narra Ovidio en las *Metamorfosis*. Además de Júpiter, en el episodio figuran Helios, Clímene, Faetón y Lampetia (es decir, una

familia que, como veremos, se desvía, cfr. v. 141: «onde si svia l'umana famiglia»).

Recuérdese que, en la versión ovidiana del mito, Faetón insiste a su padre para que le deje gobernar el carro solar, y que Helios cede ante sus repetidas súplicas. Pero Faetón, desoyendo las instrucciones paternas, no logra contener los caballos, que se apartan del camino ordinario incendiando el cielo y la tierra, por lo cual Júpiter le envía un rayo que lo mata, derribándolo de las alturas. Su madre, Clímene, lo llora desesperadamente, así como sus hermanas, que, debido a su continuo llanto, echan raíces transformándose en árboles. Helios, por su parte, también se abandona al dolor, negándose por un tiempo a cumplir su función.

Así pues, Lampetia, por amor a su hermano Faetón, cae en la inmoderada tristeza, rechazando la justicia de Júpiter. Este amor dirigido a un bien aparente (Faetón puso en peligro la Tierra) y no a la acción justa de Júpiter, «arcánamente giusto» (*Pg XXIX 120*) (mal aparente), le provoca tal llanto que la convierte en álamo. Ovidio resalta que lo primero que le acontece es que de sus pies brotan raíces que la atan al suelo, inmovilizándola. Sin duda, Dante interpreta este hecho como apego a las cosas terrenales, principio de la corrupción representada en la metamorfosis en árbol. Este 'echar raíces en la tierra' se opone al amor y la voluntad dirigidos al Sumo Bien, en este caso Júpiter. E implica, además, falta de libertad (esclavitud).

En otras palabras, en la metamorfosis de Lampetia hay que distinguir tres momentos:

1) Excesivo apego a un bien sensible temporal, como Faetón, que a la postre es un mal real y un bien solo aparente.

2) Su pérdida le hace caer en tristeza inmoderada. Nótese que, en la narración de Ovidio, las Helíades no son metamorfoseadas como castigo por algún dios, sino que su transformación en álamos se debe a su excesivo llanto: es la humedad de sus lágrimas la que hace que de sus pies broten raíces.

3) Esta tristeza se convierte en hábito que la ata a la tierra (apego a lo terrenal y esclavitud); obsérvese la analogía entre el llanto de Lampetia y sus hermanas, y la lluvia de los vv. 124-126, «la pioggia continüa», como causa directa de la corrupción.

Téngase en cuenta, además, que, en la narración de Ovidio, las hijas rechazan tajantemente los intentos desesperados de la madre por evitar sus metamorfosis. Este factor del mito hay que relacionarlo con el terceto anterior a aquel que alberga el símil y con el que se vincula («Cosi»). Reproduzco nuevamente el texto para facilitar la lectura:

e tal, balbuzièndo, ama e ascolta
la madre sua, che, con loquela intera,
disìa poi di vederla sepolta

(*Pd* XXVII 133-135).

Estos versos señalan que el niño inocente ama y escucha a su madre, y luego, de adulto, desea verla muerta. Como observábamos anteriormente, el niño es el “hombre” que de pequeño sigue y obedece a la naturaleza («la madre sua») instintivamente (persigue el bien naturalmente), pero luego se corrompe de adulto y rechaza esa tendencia al bien. Semejante corrupción se da en el caso de Lampetia y las otras Helíades, como puede apreciarse en el texto de Ovidio, en el que se narra cómo ellas, una vez transformadas, rechazan a su madre, que las hiere en su deseo de arrancar sus cuerpos de los troncos:

[S]olo subsistían aún las bocas, que llamaban a su madre. Pero, ¿qué puede hacer la madre más que ir de un lado para otro siguiendo sus impulsos, y darles besos mientras aún le es posible? Pero no le basta; intenta arrancar sus cuerpos de los troncos y con sus manos rompe las ramas tiernas; pero de ellas manan, como de una herida, gotas de sangre. «Déjame, madre, por favor», gritan todas las que están heridas. «Déjame, por favor; es nuestro cuerpo

el que desgarras en el árbol. Adiós ya» (*Met.* II 355-363; Ovidio 1990).⁶

Al igual que sus hermanas Helíades, Lampetia rechaza a su madre cuando ella, al verlas transformarse en álamos, intenta evitarlo y, al hacerlo, rompe sus ramas, hiriéndolas. Es decir, el rechazo tiene lugar cuando ya se han convertido en álamos: solo en ese momento cambian su actitud amorosa y obediente hacia ella.

4. Pero dicha metamorfosis es consecuencia, como antes advertíamos, del comportamiento de su hermano Faetón y de su desobediencia a la autoridad paterna. Y esto explica, a su vez, el terceto que sigue al del simil. De este modo, la alusión a la historia de la bella hija del Sol –cuya piel resplandeciente y cándida se vuelve negra y rugosa corteza de álamo– sirve de enlace entre las consideraciones éticas de los tercetos que la preceden y la consideración política del terceto que la sigue:

Tu, perché non ti facci maraviglia,
pensa che 'n terra non è chi governi;
onde si svia l'umana famiglia

(*Pd* XXVII 139-141).

Este mito, como es sabido, constituye para Dante una alegoría del mal gobierno (*Pg* XXIX, *Ep.* XI). Faeton⁷ sustituye a Helios por codicia de

⁶ «[E]t exstabant tantum ora vocantia matrem. / quid faciat mater, nisi, quo trahat inpetus illam, / huc eat atque illuc et, dum licet, oscula iungat? / non satis est: truncis avellere corpora temptat / et teneros manibus ramos abrumpit, at inde / sanguineae manant tamquam de vulnere guttae. / ‘parce, precor, mater’, quaecumque est saucia, clamat, / “parce, precor: nostrum laceratur in arbore corpus / iamque vale”» (Por comodidad, citamos del sitio web *The Latin Library*: <https://www.thelatinlibrary.com/ovid.html>).

⁷ Permítaseme señalar que Faetón combina en su *interpretatio nominis* la generación, *foetus* o *fetus*, y la corrupción, *foeteo*, ‘heder’, ‘estar infestado’, es decir, que representa, como hijo del Sol, su poder generador, y también, involuntaria-

poder, dejando el gobierno en manos de los caballos-pasiones. Helios, que gobierna el carro no por codicia sino porque le ha sido encomendado por el Sumo Bien, se lo cede, dando así lugar al desgobierno (incendio de la tierra), al sufrimiento y tristeza del pueblo (Lampetia) y al desconsuelo y abandono de Clímene (Roma). Dante, evidentemente, remite a Ovidio, pero conoce el nombre latino del álamo por Virgilio, que también cita el episodio:

Namque ferunt luctu Cycnum Phaëthontis amati,
populeas inter frondes umbramque sororum
dum canit et maestum musa solatur amorem

(*En X* 188-190).⁸

Populus-i (it. *pioppo*, cast. ‘chopo’, ‘álamo’) es un nombre femenino, pero adviértase que, aun siendo de este género, es muy similar al masculino *populus-i*, ‘pueblo’. El nombre, pues, le sirve también como soporte de la alegoría *Lampetia* = *álamo* = *pueblo*. De este modo, la alegoría política inscrita en el mito de Faetón como alegoría del mal gobierno se extiende también a *Lampetia* en cuanto “pueblo” o sociedad, esto es, “cuerpo social” cuya razón (cuyo Sol) es el Emperador: una sociedad o cuerpo social sin la razón (Imperio vacante) está condenado al mal gobierno (Faetón) y a la infelicidad (*Lampetia*), es decir, como en el caso de *Lampetia*, a la tristeza cuya manifestación visible es el llanto, que deriva en corrupción (de blanca la piel pasa a ser negra), apego a lo terrenal y esclavitud (raíces). Como se sabe, el Emperador es el encargado de llevar al género humano a la felicidad terrenal: está claro que si el Imperio está vacante y su autoridad en manos de malos gobernantes, el pueblo va a la deriva y cae en lo opuesto a la felicidad, o lo que es lo mismo, en la tristeza y el llanto. Es necesario poner en relación todo esto con los versos

mente, su poder corruptor.

⁸ Por comodidad, citamos del sitio web The Latin Library: <https://www.thelatinlibrary.com/verg.html>. «Porque es fama que Cicno en duelo por su amado Faetonte, / en tanto que a la sombra de sus hermanos, / los frondosos álamos, aliviaba su triste amor cantando» (Virgilio 1992).

anteriores al símil (vv. 124-126) y con la analogía implícita en ellos entre planta y hombre (identificación entre “flor” –*fiorisce*– y *volere* dirigido y necesitado del Sol). Y la ausencia del sol que ocasiona lluvia en demasía –que a su vez provoca una absorción excesiva de agua que convierte el fruto *vero* en *bozzacchione*– con la larga ausencia del Emperador –Sol– y el mal gobierno que ocasionan un exceso de tristeza en el cuerpo social convirtiéndolo en álamo negro, árbol que no produce frutos: tendríamos una sociedad estéril, inmóvil, reducida a una nueva existencia vegetativa y no humana. El pueblo (*Lampetia*), que cuando gobernaba el Emperador (*Helios*) era cándido (puro y resplandeciente, es decir, reflejo de su luz-razón solar), como consecuencia de la ausencia de su gobierno y de la toma del mismo por malos gobernantes (*Faetón*), se corrompe, desembocando en la situación contraria a la de reposar «*libero nella tranquillità della pace*» o «*vivere liberamente in pace in questa aiuola dei mortali*» (*Mn.* III xv 12): apegado a lo terreno (raíces), se ve abocado a la inmovilidad, o sea, a la falta de libertad, y al llanto, esto es, no a la paz sino al dolor y al sufrimiento.

Este último extremo podría implicar también el significado alegórico de *Clímene*, la esposa del Sol, que probablemente signifique la filosofía moral (*Consolación de la Filosofía*), que intenta salvar al pueblo sin gobierno de la corrupción, del sufrimiento y de la esclavitud, pero que es rechazada por este.

5. Por todo lo anterior, y para ir terminando, cabe afirmar que lo “enigmático” del pasaje no es tanto la identidad de la *figlia* del Sol como el desarrollo discursivo de *Beatriz* que –como el *Guadiana*– a veces se oculta para reaparecer posteriormente. Me refiero al paso de la explicación del ordenamiento del universo (vv. 106-120) al apóstrofe sobre la codicia (vv. 121-123); y de este al contenido de los vv. 124-138 y a los vv. 139-148. El problema es encontrar el hilo argumentativo, a veces implícito y no demasiado claro, en el que se enfilan estos pasajes. Es evidente que, para lograrlo, es imprescindible solucionar el “enigma” de la identidad

del personaje mitológico y su significado alegórico, pero también atender al mito del que depende, y que se mantiene en el terreno de lo implícito, como en muchos otros casos semejantes de la *Comedia*. Sin embargo, es precisamente este mito el enlace con el tema del gobierno del mundo tratado en los versos 139-148. La clave de todo este discurso de Beatriz puede encontrarse en *Monarchia* III xv 10-12, en donde Dante trata de los fines del hombre:

Por eso fue necesaria para el hombre una doble guía conforme a su doble finalidad: es decir, el Sumo Pontífice, que conduce al género humano a la vida eterna según la revelación, y el Emperador, que conduce al género humano a la felicidad temporal según las enseñanzas de los filósofos. Y dado que a este puerto pueden llegar pocos, o ninguno, y en cualquier caso con enormes dificultades, *si el género humano no vive en libertad y en la tranquilidad de la paz, frenando las pasiones y las seducciones de la codicia*, este objetivo fundamental ha sido encomendado al gobernador del mundo, llamado romano príncipe, es decir, que en esta pequeña parte de la tierra se pueda vivir libremente en paz. *Puesto que el orden del mundo sigue la disposición según la cual los cielos giran en torno a él*, es necesario, para que las universales enseñanzas de libertad y de paz sean aplicadas con facilidad según los lugares y los tiempos, que un tal regidor sea proporcionado por Aquel que la total disposición de los cielos presencial y sincrónicamente comprende. Y Este solo puede ser el que dicha disposición preordenó, para que, gracias a ella, Él mismo pudiera conectar entre sí todas las cosas con arreglo a su propio orden providencial.⁹

⁹ «Propter quod opus fuit homini duplici directivo secundum duplicem finem: scilicet summo Pontifice, qui secundum revelata humanum genus perduceret ad vitam eternam, et Imperatore, qui secundum phylosophica documenta genus humanum ad temporalem felicitatem dirigeret. Et cum ad hunc portum vel nulli vel pauci, et hii cum difficultate nimia, pervenire possint, *nisi sedatis fluctibus blande cupiditatis genus humanum liberum in pacis tranquillitate quiescat*, hoc est illud signum ad quod maxime debet intendere curator orbis, qui dicitur romanus Princeps, ut scilicet in *areola ista* mortalium libere cum pace vivatur.

Únase a este pasaje del *Monarchia* la profecía final de Beatriz:

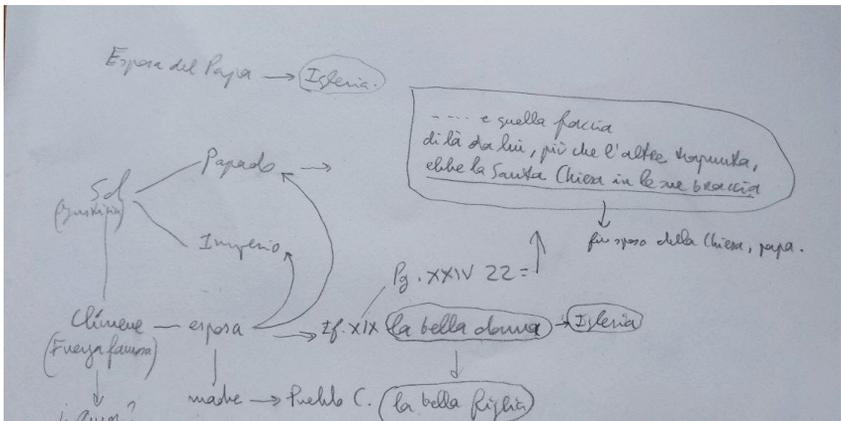
Ma prima che gennaio tutto si sverni
 per la centesma ch'è là giù negletta,
 raggeran sì *questi cerchi superni*,
 che la fortuna che tanto s'aspetta,
 le poppe volgerà u' son le prore,
 sì che la classe correrà diretta;
 e vero frutto verrà dopo 'l fiore

(Pd XXVII 142-148).

Si consideramos que «*questi cerchi*» no solo remite a “estos” en los que se encuentran, sino también a “estos” a los que ella se ha referido en los vv. 106-120, resulta que lo que dice Beatriz, después de haber hablado del ordenamiento del universo (del que depende el ordenamiento de la Tierra), es que el desorden actual será corregido por los cielos, restableciéndose la “analogía”: el orden imperial que ha de conducir al género humano a la felicidad. Así, el hilo argumental del discurso de Beatriz queda desvelado: el extravío de la humana familia, con la ausencia del poder imperial (Helios), el mal gobierno de su hijo (Faetón) y la corrupción del pueblo (*Lampetia*), impide “sedar” «*i flutti della blanda cupidigia*» y que «*genus humanum liberum in pacis tranquillitate quiescat*». Pero la intervención de los cielos, de cuya disposición depende la del mundo, hará que la flota de la humanidad varíe su rumbo. De este modo, «*vero frutto verrà dopo 'l fiore*» (v. 148), con lo que el círculo se cierra: la voluntad humana, entonces, no producirá *bozzacchioni* sino *sosine vere*, fruto verdadero.

Cumque dispositio mundi huius dispositionem inherentem celorum circulationi sequatur, necesse est ad hoc ut utilia documenta libertatis et pacis commode locis et temporibus applicentur, de curatore isto dispensari ab Illo qui totalem celorum dispositionem presentialiter intuetur. Hic autem est solus ille qui hanc preordinavit, ut per ipsam ipse providens suis ordinibus queque connecteret» (citamos texto latino y traducción de la edición de Raffaele Pinto: Alighieri 2021).

6. Por último, permítaseme reiterar que los datos que el poeta ofrece son suficientes no solo para identificar al misterioso personaje del símil como la cándida Lampetia, hija del Sol y hermana de Faetón, sino que, actualizando el mito ovidiano en su conjunto, logramos aclarar el aparentemente intrincado discurso de Beatriz. El significado alegórico remite a la corrupción («così si fa la pelle bianca nera») del pueblo (Lampetia) cuando viene a faltar la autoridad civil y religiosa, representada en el pasaje por «quel ch'apporta mane e lascia sera» (Helios), según se declara en los versos sucesivos: «Tu, perché non ti facci meraviglia, / pensa che 'n terra non è chi governi; / onde si svia l'umana famiglia» (vv. 139-141). Y, en efecto, Ovidio cuenta que el Sol, tras la muerte de Faetón, quedó tan dolorido que escondió su propio rostro, dejando al mundo un día entero sin luz (*Met.* II 329-332; 381-400).



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALIGHIERI, D. (2021): *Monarchia. Sobre la monarquía universal*, edición bilingüe de R. Pinto, Madrid, Cátedra.
- AUERBACH, E. (1989⁴ [1967]): *Studi su Dante*, Milano, Feltrinelli.
- BARBI, M. (1934): *Problemi di critica dantesca*, s. 1^a (1893-1918), Firenze, Sansoni.
- ISIDORO DE SEVILLA (1993): *Etimologías*, ed. J. Oroz Reta y M. Marcos Casquero, Madrid, BAC.
- LÓPEZ CORTEZO, C. (2004): *Questione n° 8*, «Tenzzone» 5, pp. 289-291.
- OVIDIO (1990): *Metamorfosis*, ed. A. Ruiz de Elvira, 3 vol. Madrid, C.S.I.C.
- PERTILE, L. (2005): *Pelle bianca, pelle nera*, in ID., *La punta del disio. Semantica del desiderio nella "Commedia"*, Firenze, Cadmo, pp. 213-233.
- PÉZARD, A. (1975), *Dans le sillage de Dante*, Paris, Soc. Études Italiennes.
- SERIAKOPI, M. (2015): *Il canto XXVII del "Paradiso": la condanna della corruzione e la necessità di una "via alternativa"*, «Studi Danteschi» LXXX, pp. 49-77.
- VIRGILIO (1992): *Eneida*, introducción de V. Cristóbal, traducción y notas de J. de Echave-Sustaeta.

